

La Parábola del Pigmeo



Biblioteca Central
Magna Solidaridad

Un día triste como el llanto, se reunieron los pigmeos.

Avergonzados por su insignificante estatura, convocaron a un cónclave secreto.

Acomplejados por su pequeñez, decidieron declararse en contra de todo lo que tuviera elevación y hondura. Temerosos de la luz, conspiraron amparados por las sombras de la noche. Cobardes y sumisos, vomitaron sus intrigas y blasfemias en murmullos apagados, en susurros amargos y amarillos por la envidia. Viejos como el tiempo, arrugados de espíritu y cuerpo, juraron excluir de sus actividades a quien tuviera, en el cerebro o en la sangre, explosión vital de juventud.

Carcomidos y apolillados, quisieron congelar, suprimir, desbaratar, el avance del segundero. "Que nadie en nuestra presencia se atreva a hablar de cambios cronológicos. ¡Que se destruyan relojes y calendarios! Que se arranque de la mente humana, todo concepto de evolución biológica y social. Nada cambiará en el universo, si no lo determinamos."

Después de coincidir en intenciones, los pigmeos las compendiaron en un documento que luego, cada quien, rubricaría con su sangre: "Tan pronto conquistemos el poder, ninguno de los que nos aventajan en estatura tendrá ingerencia en los asuntos directivos de mayor o menor importancia. Si intentaran hablar, su voz será quebrada por el golpe del cetro que acalla hasta el grito más angustioso. A todos los inconformes se les atacará, acorralándolos, hostigándolos, criticándoles, sin permitirles defensa ni refugio.

"Proscribiremos del lenguaje, vocablos como grandeza, cúspide, magnitud, inmensidad, elevación o plenitud, así como sus sinónimos y derivados. Prohibiremos la mención siquiera, de filósofos, héroes, escritores, poetas, estadistas, porque no hemos encontrado entre ellos uno tan sólo que tenga la insignificancia de nuestra insignificancia.

"¡Ay de aquellos que se atrevan a rebatir nuestras aseveraciones! Les consignaremos a una Comisión de Honor y Lealtad. Que aunque no somos ni leales ni honorables, debemos hacer que los demás nos crean paladines integérrimos de la honorabilidad y la fidelidad. No dejaremos que se esbocen teorías, planteamientos, argumentaciones de profundidad peligrosa. Debemos temer a las palabras. No olvidemos que todo ello es producto de algo que nuestra estatura no nos permite alcanzar: el proceso complicado, estorboso y difícil de la meditación y del razonamiento. El cerebro debe servir nada más que para una cosa: acumular dinero. El dinero, además, nos servirá para comprar conciencias y prestigio. Veamos que hasta la inteligencia tiene precio. Hay algunos que poseyéndola, la ofrecen en subasta. Compraremos a quienes entiendan de leyes, de economía, de redacción, de arquitectura, y ellos pensarán y escribirán y reglamentarán y construirán por nosotros, sin que nadie más que nosotros lo sepamos.

"Daremos nuestra propia definición a determinados, específicos vocablos. Principalmente a la palabra *mediocre*. Por decreto y como dogma, tan pronto gobernemos, mediocre será aquel

que pierda el tiempo en superarse intelectualmente, sin denotar ambición desmesurada por la riqueza o por el poder. Y cuando hayamos tenido ya el cetro en nuestras manos, cuando se nos proclame adalides de los principios libertarios, de los ideales de la justicia, de las doctrinas de igualdad en los derechos, entonces no habrá más ley que nuestra ley, ni más razón que nuestra razón, ni más justicia que nuestra justicia".

Tan pronto los pigmeos firmaron el Acta de Declaraciones, se dispersaron, refugiándose en las tinieblas de un crónico anonimato.

Llegó el día en que debía elegirse al nuevo señor feudal. Los hombres del reino establecieron la Gran Asamblea. Para entonces, los enanos habían dejado caer sobre su itinerario de campaña un rastro de billetes y monedas. Y para su propio asombro, encontraron que había tantos pigmeos en el reino como nadie jamás imaginó siquiera.

Proliferaban por todas partes, en cantidades fabulosas. Y haciéndoles escuchar el tintineo de las monedas o mostrándoles el verde bosquejo de los billetes, fue fácil conducirles — como con docilidad se conduce a los rebaños — por el camino que se les fue indicando. De modo que el día señalado para efectuar la Gran Elección, las urnas se llenaron con boletas que tenían escrito el nombre sacramentado del candidato unigido por los enanos: SHIRON.

Cuando el resultado de las elecciones se dio a conocer, un aplauso estrepitoso saludó la victoria del pigmeísmo. Y en la cúspide de la estulticia, Shirón se levantó a pronunciar el que sería su primer discurso como nuevo señor feudal. El ridículo se consumó. Las palabras brotaron como paridas a la fuerza. Sin coherencia. Atropelladamente. Sin contenido. Sin que siquiera tuviesen la pronunciación correcta. Y terminó diciendo que labor suprema de su reinado sería el atesorar los tributos

todos de vasallos y siervos, con el propósito de acrecentar hasta el infinito el poderío económico del reino. Los enanos volvieron a aplaudir.

Dueño de una fortuna considerable, cimentada en base a procedimientos dudosos y oscuros, Shirón se rodeó de un grupo de ancianos que reverenciaban en su persona el brillo dorado de su riqueza. Pero a más de torpe, Shirón resultó necio. Pensó que dirigir los destinos del reino, consistía en guardar herméticamente — bajo un millar de llaves — los tributos, impuestos, alcabalas de vasallos y siervos. Consideró un despilfarro, casi una profanación, arreglar desperfectos, resanar deterioros, ayudar a los humildes. Y todo en el reino se fue destruyendo.

Shirón se edificó un trono inaccesible, entre dos columnas. La una, con un globo terrestre como remate, para simbolizar el propósito de que un día no remoto, el pigmeísmo fuese la única fuerza directriz del universo. La otra, sosteniendo una esfera celeste. Esfera que simbolizaba la invocación a dioses pigmeos para que, mediante su auxilio divino, los enanos terrestres pudieran realizar sus ambiciones.

Divinizaron la estatura achaparrada. Era sacrílego ser un poco más alto que ellos. Decretaron el exilio, el destierro implacable para los adversarios del enanismo. Sólo aquellos que quisieron doblegarse o que cayeron de rodillas para identificarse en achaparramiento, fueron bien recibidos. Y entre todos formaron un coro de bufones y farsantes que únicamente se dedicaba a ensalzar la grotesca figura del Señor Feudal.

El reino se agrietó. Sus cimientos fueron debilitándose.

Un oropel barato enmarcó la inigualable vanidad de Shirón. Por propio decreto se otorgó facultades de omnipotente y omnisciente. Asumió el título de Supremo y Verdadero Hacedor del Mundo y de la Vida.

— Señor — le repetía su séquito en monótona y cansada letanía—: eres el más excelso de cuantos Emperadores hayan existido.

Incluso, se atrevieron a adjudicarle una estatura muy superior a su real estatura. Y Shirón el único, el magnífico, el impar, el inconmensurable, fue creando con su torpeza la ruina más estrepitosa que en toda su historia hubiese resentido el feudo.

Logró, sí, detener el tiempo. Decretó la involución de las cosas. Destruyó los relojes. Incendió los calendarios. Hizo imperceptibles hasta los cambios imperativos de la naturaleza.

Creó un vacío dentro del cual flotaban — como islotes perdidos en la inmensidad del océano y sin vinculación ni referencia con la tierra firme — su feudo y su vanidad. Y ese vacío y el congelamiento del tiempo, provocaron el más rápido e increíble envejecimiento de Shirón. Los siglos se acumularon en su cuerpo y, de ser creíble, en su espíritu. Su carácter se volvió cada vez más difícil. Y su despotismo le golpeó la bilis, dándole a la piel la horripilante pigmentación de un pálido amarillo.

Creyó, porque se lo coreaban sin descanso sus lacayos, que en efecto había crecido. Que sus músculos se estiraban, porque para él nada resultaba imposible. Perdió la proporción de las cosas. Y con la idea de que había superado el pigmeísmo, intentó descender del solio con majestuosa parsimonia. Con arrogancia. De pie. No deslizándose escalón por escalón, como lo hacen los enanos.

La caída fue inevitable. Sus huesos se quebraron, reduciéndose a polvo. Su corona se desparramó en brillantes pedazos. Su cuerpo se plegó tanto, que no fue sino un desordenado, asimétrico manojo de arrugas.

Nadie lloró su muerte. Tan pronto lo enterraron, sus antiguos ensalzadores corrieron a saquear los tesoros del fallecido.

Después, los enanos huyeron hasta donde termina el horizonte, porque después de muerto Shirón, el tiempo se descongeló. Los cambios se sucedieron. Los exiliados retornaron con renovados bríos. La estructura agrietada del reino se resanó. Los cimientos fueron reforzados. La voz de la inquietud volvió a escucharse, estremeciendo las tribunas parlamentarias y los proscenios en los que se defiende la justicia y la libertad.

Y como epílogo de una época tan llena de miseria moral e intelectual, los hombres nuevos — ni pigmeos ni gigantes — los hombres del tiempo nuevo — ni gigantes ni pigmeos — cubrieron la tumba de Shirón con una lápida.

Y como una advertencia para el futuro, esculpieron el epitafio: "No renovarse, es morir".

Este libro se terminó de imprimir el 10 de marzo de mil novecientos ochenta y tres, en la Impresora Gralex, siendo su tiraje de mil ejemplares y sobrantes para reposición, en papel Cultural Ediciones y portada cartulina Clásico. La edición estuvo al cuidado de José Roberto Mendirichaga.

RAMIRO ESTRADA SANCHEZ, originario de Concepción del Oro Zacatecas/Copartícipe del libro *Voces sobre Juárez*, volumen I, Procuraduría General de Justicia de la República, 1972/Autor de *La Parábola del Quijote*, recopilación de cuentos, ensayos y artículos publicados en diferentes diarios y revistas, 1979.

Colaborador, desde 1975, de la página editorial del diario regiomontano "El Porvenir."/ Autor de *Tiempo de Libertad*, novela, 1981.

